

conseguida por Rusia en la desmembración de Polonia era de escasa importancia, como podía deducirse de la miseria de la población (1). A la llegada de la emperatriz habíase preparado el encuentro de manera que pudiera Catalina estar con José algunos minutos sin testigos. En el momento en que el emperador se disponía a besar la mano de la emperatriz, ella le abrazó. Catalina escribió a Pablo y María, diciéndoles que creía haber hecho muy bien su papel (2). La anécdota según la cual la emperatriz, durante la comida a que asistió José, dijo a los señores que la rodeaban: «Le tengo en el bolsillo,» puede muy bien ser una invención (3).

Catalina escribió a Grimm, manifestándole que había encontrado a José muy instruido; que conversaba muy discretamente; que, entre otras cosas, se había hablado de las escuelas normales austriacas, habiéndose convencido de

que los hijos no siempre se parecen a sus padres; que José no era hipócrita; que era despreocupado en la elección de sus lecturas, a pesar de no conocer las «Épocas de la naturaleza» que entonces leía la emperatriz; y por último se burlaba del refinamiento de la sociedad en que se encontraba (4). Pronto supo convencer al conde Falkenstein de la conveniencia de que visitara a Moscú y San Petersburgo, manifestándole que en esta última capital, y en el silencio de la residencia de Zarskoje-Sselo, podrían conversar libremente y tratar, sin que nadie les molestara, de los asuntos que habían motivado la entrevista.

La opinión, entonces predominante, de que José y la emperatriz habían hecho de la cuestión oriental el objeto de sus conversaciones (5) no carecía de fundamento. No en vano escribía Catalina a Grimm, en lenguaje misterioso, que la



Vista de Mohileff. Reducción de un grabado anónimo del siglo XVIII

discreción le impedía darle cuenta de sus conversaciones con el conde Falkenstein. En las cartas de la emperatriz a Pablo y María tampoco se dice nada acerca de ellas: en cambio las que José dirigía a María Teresa nos proporcionan una multitud de pormenores sobre el asunto.

Decía el emperador que tenía motivos para creer que la emperatriz estaba muy contenta de él; que el trato entre ambos tomaba cada día mayor carácter de intimidad; que procuraba contrarrestar los rumores desfavorables al Austria

(1) Arneth, *María Teresa y José II*, 246-249.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, IX, 52-53.

(3) Narraciones coleccionadas por C. Karabanoff en la *Russkaja Starina*, V, 137.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 180-181. «Savez vous bien que quand on voit des empereurs travestis, cela met la tête en l'air; l'on leve le nez, l'on flaire l'air, etc.»

(5) Véanse las *Memorias* de un funcionario, Dobrynin, que refiere algunos detalles de la entrevista en la *Russkaja Starina*, IX, 116-117.

que propalaba Federico II; que Catalina se había expresado muy duramente respecto del rey de Prusia; que no se pasaría mucho tiempo sin que este se viese completamente desacreditado; que la emperatriz le había preguntado incidentalmente si quería apoderarse de la Italia, especialmente de los Estados del Papa, como patrimonio imperial; que él había contestado que el mantenimiento del *statu quo* en Italia interesaba a muchos Estados y que ella podía muy bien pensar en adquirir su Roma, es decir, Constantinopla, a lo cual repuso la emperatriz que deseaba la paz y no pensaba en conquistas. En la misma carta procuraba José justificar la resolución que había tomado de seguir a la emperatriz a San Petersburgo, pues podía ser de gran importancia el conocer al gran duque Pablo y el hablar con Panin (6).

¡Cuán equivocados andaban Federico y Panin al creer

(6) Arneth, *María Teresa y José II*, 251-255.

que la entrevista de Mohileff no tendría importancia alguna y que la emperatriz consideraría al emperador José como un «charlatan indiscreto»! Panin censuró duramente la afición del emperador a los viajes (1); pero el embajador inglés, Harris, estaba perfectamente enterado de la impresión que había producido en Mohileff el conde Falkenstein, el cual había procurado agradar por todos los medios posibles, y había conseguido plenamente su objeto (2).

Besborodko refiere cuán hábil é ingenioso se mostró José, al acompañar a la emperatriz, que se dirigía a San Petersburgo, hasta Smolensk, hablando de política general, del conde Panin, y de lo bien redactadas que estaban las notas rusas (3). Fruto de este viaje, que duró tres días, fué el convenio entre José y la emperatriz de que el Austria tomaría, en todas las cuestiones importantes, el consejo de Rusia. En posteriores conversaciones, manifestó la emperatriz que no había podido evitar el entrar en íntimas relaciones con Prusia, y que José debía pretender que Roma fuera su capital, ante cuya manifestación José comenzó a hablar de Constantinopla, pues consideraba verosímil que Catalina pensara en crear un «Imperio en Oriente» para su nieto Constantino. Por lo demás, José decía en sus cartas a María Teresa, que se mantenía dentro de ciertos límites y que en su conducta observaba gran reserva y circunspección (4).

En las posteriores cartas de José—el cual, después de haber visitado a Moscú, permaneció algunas semanas en San Petersburgo, es decir, en el palacio de recreo de Zarskoje-Sselo—hay que distinguir entre las que se mandaban por el correo ordinario y las que enviaba por correos especiales. En las primeras había la posibilidad de la *perustration* (5), esto es, de que fueran abiertas, leídas y vueltas a cerrar, y por eso estaban concebidas en términos halagüeños para la emperatriz: en las últimas, decía José que había tenido ocasión de hablar conforme a los principios sentados por Kautitz para el caso; que Catalina le había escrito manifestándole que no sentía ya rencor alguno contra el Austria, pues la conducta por esta seguida en la cuestión oriental estaba compensada por la paz de Teschen; que la emperatriz se ocupaba activamente en el proyecto de restablecer un imperio oriental; que siempre, aunque incidentalmente, hablaba de ello; que se había hablado también de Roma, añadiendo que Coblenz por encargo suyo, de José, había tratado la cuestión a modo de broma, cuantas veces había de ella hablado Potemkin. Panin, con sus altisonantes frases y oscuras ideas, produjo en el ánimo de José una impresión desagradable. El emperador procuró, por medio de Coblenz, influir en Potemkin para firmar una alianza entre Rusia y Austria, en virtud de la cual las dos potencias se prometieran mutuo apoyo. José colmó de alabanzas al gran duque y a su esposa, a pesar de comprender que la joven corte se encontraba en una situación difícil a causa de la desconfianza con que la miraba la emperatriz. Mostróse también encantado de San Petersburgo, del palacio de invierno y del *Eremitage*, proponiéndose tomar modelo de ellos para hacer algunas construcciones por el estilo en Viena y en Schönbrunn.

Cuando Potemkin habló con la emperatriz de un tratado de garantía con el Austria, manifestó aquella el deseo de que se incluyeran en él las conquistas que podrían hacerse en lo sucesivo. Rusia estaba dispuesta a tolerar al Austria todas las conquistas que hiciese, excepto en Polonia y en Ale-

(1) Zinkeisen, VI, 260-261.

(2) Harris, I, 313-314.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVI, 69, 372-373.

(4) Arneth, *María Teresa y José II*, 256-259.

(5) Véase mi trabajo sobre el *gabinete negro* en tiempo de Catalina, en el *Correo de las fronteras*, I, 1870.

mania, en lo cual no podía consentir José. Pero todas esas ideas, mas que objeto de las conversaciones entre el emperador y la emperatriz, lo eran de las que tenían Coblenz y Potemkin. Ya se comprenderá que mas adelante había de tratarse formalmente de la cuestión.

La permanencia de José en Rusia tuvo, pues, gran importancia y no sin razón decía José a su madre que ninguno de sus anteriores viajes había tenido la trascendencia que este. José y Catalina convinieron en mantener una activa correspondencia, y se despidieron protestando de su inquebrantable amistad y de su mas sincero aprecio. En una carta que el gran duque Pablo dirigió a José, a poco de haber salido este de Rusia, decía que de la armonía entre las opiniones de ambos dependía la felicidad del mundo entero (6).

Los contemporáneos que, como Dohm, opinaban que entrevistas como la verificada, mas que estrechar, aumentaban las distancias que separan a los hombres, vieron desmentido su parecer por la realidad de los hechos (7).

En su carta a Grimm, hablaba la emperatriz de José en sentido muy favorable ensalzando sus dotes y su ilustración (8); y que José procedió de igual manera respecto de Catalina, nos lo demuestran las conversaciones que tuvo mas adelante con el mismo Grimm, la carta que a éste escribió el príncipe Lobkowitz, etc. (9).

Harris escribió desde la capital, en el momento de partir José, en los siguientes términos: «El conde Falkenstein ha combatido de tal manera la influencia que aquí tenía el rey de Prusia, que queda para siempre quebrantada (10).»

Federico II y el conde Görtz creyeron que la entrevista entre José y Catalina sería un simple cambio de frases corteses y de cumplimientos superficiales. Görtz pretendía que José había producido mala impresión en las altas esferas de la sociedad rusa; y Breteuil, que entonces residía en Viena, participó a la corte de Berlín que la visita de José a Rusia no tendría consecuencias políticas (11). En contraposición a lo que decía el embajador inglés, Harris—que habla de la profunda impresión que en el ánimo de Catalina produjo José—hacia observar el diplomático francés, Berac, que se había hecho muy poco caso del conde Falkenstein y que a poco de haber partido se le había olvidado por completo (12).

De regreso a Viena, que José, en una conversación que tuvo con el embajador inglés Keith, de que entre las personas que rodeaban a Catalina no hubiera ninguna que supiera poner freno a su fantasía: dijo que Ostermann era un hombre de paja, Besborodko un advenedizo que no podía tener opinión propia; que Panin estaba en desgracia, y que Potemkin era un perezoso sin instrucción y dependiente por completo de la emperatriz, de quien era discípulo. Ensalzó el talento de Catalina, pero añadió que era mujer y que siempre hablaba y procedía como tal, que en el trato con ella se requería mucha circunspección, y que solo el que había estado en Rusia podía hacerse cargo de todo esto (13).

(6) Arneth, *María Teresa y José II*, 265-303. Arneth, *José y Catalina*, pág. 8 y 9.

(7) Véanse las observaciones de Dohm en sus *Curiosidades*, I, 415-420. Mencionamos esta opinión porque sirvió de base al juicio que a Herrmann y a Bernhardt mereció aquel episodio.

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 183. «No acabaría nunca si me pusiera a hacer su elogio: es la cabeza mas sólida, mas profunda y mas instruida que conozco: difícilmente habrá quien le aventaje.» Véase también pág. 190.

(9) *Cartas de Grimm a Catalina*, S. Petersburgo, 1880, pág. 56, 222.

(10) Harris, I, 324.

(11) «No alteraría en nada el actual sistema de Europa.» Véase la carta del rey a Görtz en Zinkeisen, VI, 261-263.

(12) Véase la carta de Harris en *La Corte de Rusia*, pág. 343. Esa carta falta en el *Diaries*, etc. Véase también en aquella obra la carta de Berac.

(13) *La Corte de Rusia*, pág. 345 y 346.

El príncipe Federico Guillermo en San Petersburgo (1780).

A principios de junio, escribía José desde Smolensk á su madre: «El príncipe de Prusia vendrá á Rusia en setiembre, con el objeto de destruir las ventajas que con mi presencia aquí he conseguido (1).»

El diplomático inglés, Harris, pretendía que Catalina habia recibido con disgusto la noticia de la visita del sobrino de Federico II (2).

Los datos que tenemos relativos á la permanencia del príncipe de Prusia en San Petersburgo son las comunicaciones del embajador inglés, cuya relacion, como procedente de un decidido adversario de Prusia, debe ser leída con gran circunspeccion, si bien se encuentra plenamente confirmada por la carta de Catalina á Grimm.

Harris refiere el frío recibimiento que la emperatriz hizo al príncipe y la conducta torpe é inhábil del huésped: Catalina le habia atendido lo menos posible en el reducido circulo del Eremitage, evitando que se hicieran grandes fiestas en honor suyo. El contraste entre la conducta de la emperatriz para con el inteligente y hábil príncipe de Ligne, representante de los intereses austriacos, y la frialdad de su trato con Federico Guillermo saltaba á la vista. Catalina procuraba no hablar con el príncipe prusiano, el cual no olvidó en toda su vida el triste papel que en aquella ocasion se le hizo representar: solo Pablo y María le trataron con afecto, y en cuanto á Potemkin se limitó en su trato con él á las mas indispensables formas de la cortesía.

Harris pretende que la emperatriz encargó á Panin que, de un modo indirecto, se obligara al príncipe á salir cuanto antes de Rusia, pues de permanecer éste mucho tiempo allí, no podría evitar el decirle algo desagradable. Delante del príncipe, segun refiere Harris, dijo á Coblenz que todos los días pensaba en el conde Falkenstein y que le echaba muy de menos. Podíase, pues, tener por muy probable que tocaba á su término la alianza pruso-rusa (3).

El embajador inglés manifiesta el convencimiento de que el príncipe, en vez de perjudicar al emperador José, contribuyó á aumentar la alta opinion que de éste habia formado Catalina y dice que Federico Guillermo, lejos de favorecer los intereses de su tío, los puso en gran peligro. Harris termina su relacion diciendo que del príncipe ó no se hablaba ó se hablaba en tono compasivo que rayaba en desprecio (4).

El conde Görtz no parece que creyó frustrado el objeto del viaje del príncipe. Pensaba que se trataba tan solo de una competencia motivada por la visita de José, y dió gran importancia á la amistad que habia trabado el sobrino del rey con el gran duque Pablo. Pretendia tambien que Panin, con motivo de la partida del príncipe, preparó una escena en la cual los herederos de los tronos de Rusia y de Prusia hicieron votos de amistad para el porvenir (5).

Con ocasion de la presencia de José en Rusia, Federico dijo en tono de burla, que el conde Falkenstein era un mal

(1) *Regâter, si j'avais fait quelque chose de bon.* Arneht, *María Teresa y José II*, 259.

(2) *The Empress was neither flattered nor pleased with the proposition.* (Ni la lisonjeó ni la agradó la proposicion.)

(3) Este párrafo se encuentra en la correspondiente relacion de Harris, en *La Corte de Rusia*, pero falta en la edicion inglesa: véase esta, I, 330-337. Allí se encuentran tambien detalles acerca de algunos episodios ocurridos durante el juego y en un baile de máscaras y de la frialdad con que la emperatriz se despidió del príncipe, etc.

(4) Véase el despacho de Harris en *La Corte de Rusia*, pág. 348, que no está en la edicion inglesa. Berac opinó que el mal éxito del viaje del príncipe fué debido á un desacuerdo con la emperatriz que se comunicó á la corte. Véase *La Corte de Rusia*, pág. 349.

(5) Zinkeisen, VI, 265-267.

representante diplomático del emperador José II (6); y tenia además la esperanza de que su sobrino conseguiria un gran triunfo en San Petersburgo: era, pues, absoluta la contraposicion de opiniones; pero se decia tambien que el príncipe no se hacia ilusiones acerca del éxito de su mision (7).

La opinion de Catalina la conocemos por sus propias cartas dirigidas á Grimm: acerca de José II escribía que nada podia enseñarle: «Ha terminado completamente su aprendizaje y resultará un oficial muy entendido;» y respecto del príncipe prusiano decia: «pero este otro respetabilísimo aprendiz que acaba de salir de aquí, tiene que caminar aun mucho antes de ser un buen jefe: no sabe lo que le pasa al pobre hombre; ó charla mucho ó está muy callado: tiene mucha fuerza de voluntad; se hace muy poco simpático con los que tienen que tratarle: se dice que piensa bien, pero esto tambien puede decirse de un pavo, y ser un pavo ó parecerlo no es nunca conveniente. *Basta.*» En otra carta, despues de expresarse en halagüeñas frases respecto de José, decia de Federico Guillermo: «Ese otro es extraordinariamente pesado. ¡Dios mio, Dios mio! ¡Cuánta diferencia va de él á sus tíos!» En la misma carta decia Catalina que esperaba que despues de visitas como la del conde Falkenstein, no volveria por allí «aquella gente;» que el príncipe la habia puesto enferma y quitado el deseo de tener tales huéspedes; que los dolores reumáticos de que padecía se habian agravado con la presencia del prusiano, aliviándose despues de la partida de éste. «Cuando se tienen sobrinos tan pesados, decia Catalina, no se les debe enviar allí donde han estado personas como las que hemos podido conocer en Mophileff (8).»

Pero el valor de los viajes que el emperador José y el príncipe Federico Guillermo emprendieron á Rusia, excede mucho en importancia á la de una impresion personal.

Catalina, poco despues de haber recibido la visita de José, decia en una carta á Grimm que mantenía con él correspondencia y que habia tenido de la «mamá» una epistola «dulce como la miel (9).»

María Teresa se inclinaba á guardar respecto de Catalina mayores consideraciones de las que hasta entonces para con ella habia observado. Cuando, en setiembre de 1780, algunos oficiales rusos recorrieron las comarcas austriacas, cuidó la reina-emperatriz de que fuesen recibidos con las debidas atenciones. El emperador José, al dar las gracias por ello á su madre, ponderó cuán conveniente era que desde entonces y para siempre permaneciesen unidas Rusia y Austria.

Lo que Catalina escribía á José, despues de haber salido de Rusia y despues de la visita del príncipe prusiano, era algo mas que simples frases: el haber ido Federico Guillermo á San Petersburgo despues del emperador habia sido una empresa funesta: el que habia precedido al príncipe prusiano habia ganado la partida (10). Así Catalina como José recordaban en sus cartas el placer que les habian proporcionado sus entrevistas en Mophileff y en San Petersburgo (11). Pronto cesó por completo la correspondencia entre Catalina y Federico II: los tiempos habian cambiado. Cuando, en el

(6) Dohm «Curiosidades», I, 425 y 426.

(7) Véase el despacho de un lord ** de Londres, y la memoria de Breteuil, desde Viena, en las *Memorias de Raumer*, V, 459-462.

(8) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 190-192. Véase la sátira mordaz de la emperatriz acerca del síncope que acometió al príncipe durante su visita á la Academia de ciencias, en las observaciones á Denina, en el *Archivo ruso*, 1878, II, 290.

(9) «Une lettre douce comme miel, de maman.»

(10) Arneht *José II y Catalina*, pág. 19.

(11) Arneht, *José II y Catalina*, pág. 59, 93 y 95.

año 1781, el gran duque Pablo y su esposa emprendieron un viaje por la Europa occidental, no pudieron detenerse en Berlin, al paso que hicieron de Viena el objetivo de su excursion.

Quando José II se reunió, en las cercanías de Troppau, con el hermano de la gran duquesa María Fedorowna, contentóse con enviar por conducto de éste un saludo verbal al rey de Prusia, al paso que le entregó una afectuosísima carta para la gran duquesa, procediendo de esta suerte con el objeto de humillar á Federico (1).

Harris refiere algo de la inutilidad de los esfuerzos que

hizo Federico para ejercer, por medio de sus amigos, alguna influencia en la corte de Rusia, y observa que el influjo de Prusia habia decaído por completo (2).

La muerte de la reina-emperatriz contribuyó á estrechar mas los lazos que unian á José II y á Catalina.

Las relaciones con Prusia habian servido para dar á la emperatriz gran influencia en Polonia y en Alemania, hasta el punto de que aun despues de disuelta la alianza con Federico, la política rusa consiguió algunos triunfos en aquellos territorios. En cuanto á la amistad de José, Catalina la utilizó para conseguir grandes victorias en Oriente.

CAPÍTULO VI

LA CUESTION ORIENTAL HASTA FINES DE 1788

Rusia y la Puerta despues de la paz de 1774.—Alianza austro-rusa.—Conquista de Crimea.—Viaje al Sur (1787).—Estalla la guerra.—Guerra de 1787 y 1788.—Pusilanimidad de Potemkin.—Expedicion al Mediterráneo.

Rusia y la Puerta despues de la paz de 1774.

La guerra que habia terminado con la paz de Kutschuk Kainardsche habia aniquilado las fuerzas de la Puerta. Federico II escribía á Catalina diciéndole que habia recibido noticias de la capital turca, dándole cuenta de la indescriptible consternacion que allí reinaba y de que la Puerta tardaria mucho tiempo en reponerse de los desastres de la guerra; por lo cual podia tenerse por seguro que por aquel lado no se alteraría la paz (3). Catalina escribió á Panin manifestándole que todas las diferencias con los turcos relativas á Crimea, no darian ocasion á ningun conflicto serio; pues allí donde no habia tropas ni dinero era imposible la guerra, como así lo demostraba el hecho de que los turcos contemplaran impasibles los ataques del Austria sin levantarse en armas (4).

Para imponerse mas á Turquía, Rusia envió de embajador á Constantinopla al príncipe Repnin, el cual habia demostrado, en Polonia, cuánta ventaja sabia sacar con su accion diplomática de las debilidades del enemigo (5).

Las cosas estaban en Turquía de tal manera que Rusia y Austria podían atacarla enérgicamente, sin temor de promover una guerra. La ocupacion de la Bukowina por el Austria era un hecho accesorio de la anexion del Zip. En Crimea predominaba la influencia rusa bajo la capa de la pretendida independencia de los tártaros. Los ulemas habian amenazado, y no en vano, con un cambio en el trono si la Turquía consentía en que los tártaros de Crimea fuesen sometidos á Rusia; y los mollahs, que tenían grandes intereses en el comercio del mar Negro, protestaban contra la libre entrada de los buques mercantes rusos en aquel mar (6). Además el

(1) Arneht, *María Teresa y José II*, III, 305.

(2) *The prussian interest is fallen for ever.* Harris, I, 432, y II, 4 y 24.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XX, 349-350, en setiembre de 1774.

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VI, 179.

(5) Véase una multitud de documentos referentes á la mision de Repnin en Constantinopla, en el tomo V de la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, pág. 159, XV, 415.

(6) Zinkeisen VI, 19.

ejército tártaro decaía visiblemente á pesar de los esfuerzos del baron Tott: la hacienda estaba completamente arruinada, y solo la escuadra se encontraba en buenas condiciones, porque el enérgico almirante ó capitán bajá Chasi-Hassan dirigía con actividad las obras de los arsenales, ocupando en ellos á constructores ingleses y holandeses, llevando materiales de Inglaterra y creando una escuela de náutica. La atencion de la Puerta se dirigía especialmente á este punto, pues tenia motivos para temer que Rusia organizase una escuadra en el mar Negro y quisiera desde allí dictar leyes al Divan.

El baron Thugut creía muy próxima la completa decadencia de Turquía. «Un buen ejército, aunque sea poco numeroso, podrá siempre arrojar á los turcos de Europa,» decia Kaunitz (7). Federico se guardaba bien de hacer, como él mismo decia, el Don Quijote en favor de los turcos y de ponerse por ellos en pugna con Rusia y Austria. Pretendíase que el gabinete de Viena habia prometido al rey de Prusia ayudarle en la ocupacion de Thorn y Danzig, con tal que él se obligara á dejar al Austria en libertad de engrandecerse á su antojo á costa del imperio otomano (8).

El cumplimiento de la paz de 1774 ofrecía grandes dificultades, pues las condiciones bajo las cuales habia sido firmada eran objeto de distintas interpretaciones. Los turcos veían que Schagin Girei seria en Crimea el instrumento de Rusia y que ayudaría á esta á incorporarse aquel territorio. Repnin, y antes que él Stachieff, procuraban, por medio de dinero y de buenas palabras, influir para calmar el descontento que en el gobierno turco habian de producir las usurpaciones de Rusia. En 1776 los rusos enviaron algunos buques al parecer mercantes, pero que en realidad eran fragatas de guerra, para que intentaran desde el Archipiélago la travesía por los Dardanelos (9). El objeto de esa expedi-

(7) Zinkeisen, VI, 82.

(8) «D'agir contre la Porte comme bon lui semble», Zinkeisen, VI, 153.

(9) En el rescripto de Stachieff de 5 de julio de 1776, confirma el gobierno que eran fragatas: véase Ssolowieff, XXIX, 225.